

Le preguntó con noble cortesía
 La causa que á Paris le conducía.
 Contestóle Leon que, allí viniendo,
 Lidiar se proponía
 Con la dama que esposa ser de un hombre
 Méno pujante que ella no quería;
 Añadiendo que estaba
 Resuelto á conquistar á la doncella,
 O á morir de su brazo en la querella.
 Bondoso acoge Cárlos su demanda,
 Y á Bradamante manda
 Que, al nuevo sol, armada comparezca
 En el pálenque, en torno al cual construye
 En poquisimas horas una valla
 Frente por frente á la exterior muralla.
 La noche precursora
 Del día en que iba á darse la batalla
 Pasó el pobre Roger en las alarmas
 De un criminal á muerte condenado.
 Resuelto, por no ser reconocido,
 A combatir armado
 Desde los pies hasta la frente, deja
 Su lanza y su corcel, y sin mas armas
 Que la espada, al combate se apareja;
 En esta guisa, apénas amanece,
 En el sitio indicado comparece,
 Y por mejor alucinar los ojos
 De cuanta gente á la batalla asiste,
 Con la armadura de Leon se viste,
 Y la ródela toma,
 Do, en fondo y campo rojos,
 Águila de oro asoma
 Con dos cabezas, sin que ni uno solo
 De tanto espectador descubra el dolo;
 Pues poca hay ó ninguna diferencia
 Entre el griego y Roger, por la presencia.
 Contrario afán, empero,
 Anima á la doncella que al guerrero;

Pues, mientras él la punta de su espada,
 Por no herir á su amada,
 Ansioso desafila, ella la suya
 Aguza, y busca en su fatal despecho
 Rumbo que al corazón vaya derecho.

Cual corcel berberisco que, impaciente
 La señal aguardando, entra en la arena,
 Y, erguida la melena,
 Altiyo, tasca el freno reluciente;
 Así la bella dama,
 Que á quien tiene adelante no sospecha,
 Del corazón la rencorosa llama
 En derredor, con torvos ojos echa.

Y cual tal vez al trueno retumbante
 Sigue fiero huracán que el mar revuelve,
 Y que alza en un instante
 Polvo que al aire en densa nube envuelve
 Y que en lluvia y granizo se resuelve;
 Así la dama, la señal oyendo,
 El hierro saca y á Roger embiste.

Mas no del bóreas al furor tremendo
 Tan sólido resiste
 Añojo roble ó berroqueño muro,
 Ni de la mar, al incesante azote
 Resiste inmóvil el peñon mas duro,
 Cual Roger á los golpes
 Que, con rencor y sin igual presteza,
 Le amenazan agora
 En el pecho, el costado ó la cabeza.

En vano, empero, á aquel á quien adora
 Se esfuerza por herir; y, en el coraje
 Que la ofusca y devora,
 De la contraria cota la juntura
 Con su afilado acero hallar procura.

Roger en tanto cada movimiento
 Sigue con ojo atento;
 Los golpes para; y si devuelve alguno,
 Es en sitio do, sabe

Que ocasionar no puede daño grave.

Mas en esto la virgen, deseando
Ver terminada la feroz contienda
Antes que el sol al hondo mar descienda,
Recuérdase del bando
Que Carlos dió, y del riesgo que la amaça
Como en todo aquel dia
A su tenaz contrario no deshaga.
Y al ver que hácia el Ocaso el sol corria,
A perder empezó la confianza
Que tenia en su aliento y su pujanza.

Con esto se acrecienta
La furia que la anima; y, con mas rudo
Ímpetu cada vez, romper intenta
Las armas que hasta allí romper no pudo.
Con nuevo ardor al héroe, pues, asalta
Una vez y otra vez; mas siempre en vano;
Que la fuerza á su mano
Y á sus ojos la luz á un tiempo falta.

¡Oh misera doncella! no destroces
Tu corazon hiriendo al caro amigo.
¡Incauta! ¿no conoces
Que te das con su muerte atroz castigo?...
Pues si á Roger privaras de la vida
Maldijeras tu cólera homicida.

En presencia del héroe, en quien no dudan
Ver á Leon, y tan insignes viendo
Muestras de esfuerzo, de ánimo estupendo
Y de destreza, mudan
De modo de pensar los caballeros
Que por insignia llevan lises de oro,
Y proclaman á coro
Que del guerrero es digna la doncella,
No ménos que el guerrero digno della.

Puesto que se hubo el sol, dar fin ordena
Carlos á la batalla, y determina
Que, sin que excusa ni pretexto alegue,
Bradamante á Leon su mano entregue.

Roger en tanto, sin tomar reposo,
Ni consentir á alzarse la visera,
En un rocin se parte presuroso
Hácia el paraje do Leon le espera.

Viéndole aqúeste, al vencedor abraza;
Solicito, su júbilo le expresa,
El yelmo le deslaza,
Y sus mejillas cariñoso besa,
Diciéndole: « Desde hoy á tu albedrio
« Disponer de mi vida, mi persona
« Y mis estados puedes; mi corona
« Y cuanto tengo mio
« Pongo á tus pies contento,
« Si así pagar consigo
« La deuda que contigo
« Contraje, alto señor. » Poco contesta
A tan noble y cordial ofrecimiento
Roger, á quien molesta
Hondo quebranto. Luego
Que las armas del griego
Hubo dejado y que vistió las suyas,
Despidiéndose dél, sin compañía,
Inquieto, el paso hácia su estancia guia,
Ensilla su corcel, y la nocturna
Oscuridad aprovechando, monta
Y se aleja de allí por el camino
Que le indica el antojo de Frontino.
Así, sin saber donde,
Toda la noche vaga,
Oyendo solo el eco que responde
Con tristes ayes á su cuita aciaga,
Y en esta situacion, por hondo tedio
Atosigado y por fatal delirio,
« Venga, » dice, « la muerte; pues remedio
« Otro no tiene tan atroz martirio. »
Estas y otras muchísimas palabras
Mezcladas de sollozos pronunciando,
Llega á un sitio desierto

De espesísimos árboles cubierto.
 Para su plan infando
 Aquel bosque á propósito juzgando,
 Éntrase en él; y, en libertad poniendo
 A su caballo: « Oh buen Frontino, » dice,
 « Si permitido fuera á este infelice
 « La recompensa que mereces darte,
 « Tu suerte envidiaría
 « El famoso corcel que, en rauda vuelo,
 « Subió á ocupar un puesto allá en el cielo.
 « Ni Gílaro, ni Arion tanta ventura
 « Lograron como tú, que fuiste un día
 « Digno de los halagos
 « De una dama sin par en hermosura,
 « Que con su linda mano te nutria.
 « Garo á mi dama, oh buen Frontino, fuiste.
 « Pero, ¿qué digo, mia?
 « ¡Mia! ¡cuando tú viste,
 « Tú mismo, cual á otro la di! Mas ¡triste!
 « ¿Porqué, en vez de gemir ya sin recurso,
 « No corto hoy mismo á mi existencia el curso? »
 Miétras que así se aflige y atormenta
 Roger, con su quebranto
 Moviendo á compasión á fieras y aves
 (Pues ente humano que sus penas graves
 Oiga no hay por allí), copioso llanto
 Vierte en París la bella Bradamante,
 Pensando en que, gustosa ó no gustosa,
 Del griego jóven ha de ser esposa.
 Mas, ántes de llegar hasta el extremo
 De aceptar á Leon por su consorte,
 Dejar mal al rey Carlos y á su corte,
 Romper con sus amigos y sus deudos
 Quiere, y hacer, en fin, cuanto en su mano
 Está: y si todo le saliera vano,
 La vida arrebatarse con su espada;
 Pues ¿para qué la quiere
 Si de Roger ha de vivir privada?



TELLIER DEL
 «ECLERE. SI.
 Roger, bajo el nombre de Leon, combate con Bradamante.
 (T. II, p. 471.)

De angustia, de rubor y de despecho
Llena la virgen, pasa
La noche revolcándose en su lecho.
El cielo, empero, á su socorro vino;
Pues en el libro eterno del destino
Escrito estaba que á Roger debia
Pertener la virgen algun dia.

Al alba del siguiente,
Hizo ante Carlos á la ilustre dama
Comparecer Marfisa; y altanera
Dijo al monarca que era
Del buen Roger amancillar la fama
Obrar de esa manera,
Sin dar para ello una razon siquiera;
Y contra todos á probar se ofrece
Que á Roger Bradamante pertenece,
Pues que en presencia suya,
Previa la ceremonia acostumbrada,
Fe se dieron reciproca y sagrada
Que no hay poder humano que destruya.

Turbado el rey de aquesto,
Llamar á Bradamante ordena al punto,
Y, en presencia de Amon, punto por punto
Le relató cuanto Marfisa ha expuesto.
Oyéndolo, y la frente
Inclinando confusa Bradamante,
Ni niega, ni consiente,
Dejando, en la indecisa
Expresion de su impávido semblante,
Entender que verdad dijo Marfisa.

No ménos que al rey Carlos, esta nueva
Al buen Reinaldo y á Roldan complace;
Pues, al paso que á efecto no se lleva
De este modo el enlace
Con Leon, proyectado,
De la misera dama contra el grado
Se obtiene la ventaja
De terminar así toda pendencia

Sin recurrir á fraude ni á violencia.

« Todo eso, » dice Amon, « es un engaño
 « Urdido contra mi; mas, por quien soy,
 « Triunfar de tanto amaño
 « Juro, que por vencido no me doy.
 « Pues, aun cuando (lo cual ni yo confieso,
 « Ni vosotros creéis) hubiese mi hija
 « La obcecacion llevado hasta el exceso
 « De ofrecer á Roger su mano, ¿de eso
 « Dónde la prueba está, clara, palpable,
 « Categórica, en fin, é irrecusable?
 « Esto, si sucedió, debió sin duda
 « Ser ántes que Roger se bautizara;
 « Y entónces, cosa es clara
 « Que de ningun valor es la promesa;
 « Pues que entre un musulman y una cristiana
 « Distancia inmensa existe
 « Que mujeril capricho no atraviesa.
 « ¿Por qué razon lo que ahora se asegura,
 « Ántes de la batalla no se dijo?
 « ¿Es justo por ventura
 « Que de su triunfo pierda
 « El fruto el vencedor? No, no; y es fijo
 « Que Carlos, que recuerda
 « Su promesa anterior á la batalla,
 « No puede ya ni debe revocalla. »

Así contra Reinaldo y el de Anglante
 Hablaba Amon, ansioso
 De anonadar el pacto
 Concluido entre Roger y Bradamante.
 Lleno de indecision, y estupefacto,
 El rey entre ambas partes vacilaba,
 Y un medio de arreglarlo excogitaba.

Un fragor semejante
 Al que, bramando por las densas selvas,
 El aquilon ó el bóreas ocasionan,
 O al que causan del piélagos espumante
 Las olas que, encrespadas, se amontonan,

Por toda Francia cunde,
 Y por do quier circula de tal modo
 Que hablando de esto olvidan todos todo.

Cual por Roger, cual por Leon aboga,
 Bien que los mas se inclinan al primero.
 Indeciso, en tan critico momento,
 De su regio poder Carlos deroga,
 Y somete el litigio al Parlamento.

Mas á esta detencion no se acomoda
 La terrible impaciencia de Marfisa,
 La cual, instando porque á toda prisa
 Se celebre la boda,
 Dice al monarca: « Ya que ser no puede,
 « Mientras mi hermano viva,
 « Que en poder de Leon la dama quede,
 « A combatir aqueste se aperciba
 « Contra Roger, y vénzale ó sucumba,
 « Sepamos á lo ménos
 « Quien, y á manos de quien, baja á la tumba. »
 De tal propuesta Carlos, cual lo hiciera
 Con todas las demas, al griego entera.

Este que de salir de todo apuro
 Con gloria está seguro,
 Mientras tenga consigo
 Del unicornio al caballero amigo,
 É ignorando ademas que cuita acerba
 Por lo mas denso de la selva umbria
 Del misero Roger los pasos guia,
 La esperanza conserva
 De hallarle, suponiendo que á una milla
 O dos de allí salió á dar un paseo.

De Marfisa al deseo
 Accede, pues, Leon. En breve, empero,
 De aquesta tentativa se arrepiente;
 Pues ni en todo aquel dia, ni al siguiente
 Compareció el guerrero
 Ni dél hubo noticia. No queriendo,
 Por temor de un baldon ó una derrota,

Leon trabar batalla,
 Si ántes al héroe no halla
 Que en su escudo, en su almete y en su cota
 Un unicornio lleva por empresa,
 En busca suya envia
 Gente por todas partes, que no cesa.
 De recorrer castillos y ciudades;
 Y, de esto no contentó todavía,
 Monta él mismo á caballo
 Y solícito pónese á buscarlo.

Mas ni Leon, ni nadie, aun cuando entera
 En este afan la vida consumiera,
 Hallára al héroe, si con nuevo hechizo
 No viniera Marfisa, como lo hizo,
 A descubrir al fin su paradéro;
 Cosa que hasta otro canto yo difiero.

CANTO XLVI.

Leon, conducido por Melisa, halla á Roger, y le presenta al rey Carlos. — Llegan de Bulgaria embajadores á ofrecer á Roger la corona de aquel pais. — Bodas de Roger y de Bradamante. — Combate de Roger con Rodomonte y muerte de este último.

Próximo, si no erré mi derrotero;
 Debo estar ya del término anhelado,
 Do á mi llegada recoger espero
 Los parabienes del objeto amado
 Por cuya bella imágen
 Fui en todos mis viajes escoltado.

Mas de una vez, en náufraga barquilla,
 Zozobré por la mar; pero hoy advierto
 Anté mis ojos en amena orilla
 Cabe rica ciudad seguro puerto.
 Y pues ya favorable me es la brisa,
 Y hacer conviene un postrimero esfuerzo,

De mi historia otra vez el rumbo tuerzo
 Hácia el paraje donde está Melisa,
 Y el medio á decir voy con que consigue
 Hacer que su dolor Roger mitigue.

En lo mas hondo de la selva densa
 Ve la maga engolfarse al caballero,
 Que, resuelto á morir, hacerlo piensa
 A fuerza de abstinencias y de ayuno,
 Negándose á tomar sustento alguno.

Mas en esto Melisa, que, cual dije,
 En la dicha del héroe se interesa,
 Sale de su mansion, y á toda priesa
 En busca se dirige
 Del griego mozo, el cual no solamente
 Por hallar á Roger todá su gente
 Despachara en distintas direcciones,
 Sino que él mismo, en su corcel montando,
 Dejó con igual fin sus pabellones.

La sabia encantadora, que aquel dia
 A uno de sus espíritus habia
 Convertido en caballo, en él se monta,
 Y con carrera pronta
 Poniéndose en camino,
 Encuentra al sucesor de Constantino.

« Señor, » le dice, « si del alma vuestra
 « Es la nobleza tanta
 « Cual el bello semblante lo demuestra,
 « El dolor que quebranta
 « Al mejor paladin de la edad nuestra
 « Venid á mitigar; pues si remedio
 « Al mal que siente no se da en seguida,
 « Mañana acaso lo hallaré sin vida.
 « El mejor paladin que viste malla
 « Y embraza escudo, el jóven mas apuesto
 « De cuantos dieron nunca una batalla,
 « Miseramente expuesto.
 « A perecer está por cortesía.
 « Ved pues, señor, ved pues si un medio se halla